

## PALADÍN DE NIMLOTH

«En ese tiempo Nimloth se había oscurecido y no lucía flores, pues el invierno se acercaba; e Isildur pasó entre los guardianes y tomó un fruto del Árbol, y se volvió para marcharse. Pero los guardianes despertaron, y se le echaron encima, e Isildur se abrió camino luchando, y fue herido muchas veces, y escapó, y como estaba disfrazado no llegó a saberse quién había puesto las manos en el Árbol».

El Silmarillion.

### I

El emisario de Tol Eressëa empujó la húmeda tierra con sus manos desnudas para enterrar el fruto. Resguardado y protegido, pasaría a formar parte del fértil suelo de la Tierra del Don. Un hermoso regalo que forjaría un vínculo entre las casas de los hombres y de los elfos. Se alzó y lanzando una proclama al cielo —hogar de las águilas de Manwë que lo domeñan— dijo:

— En este promontorio, crecerá el vástago de Celeborn de Avallonë, vástago de Galathilion de Tirion, vástago del gran Telperion que fue víctima del veneno y de la sombra. Un obsequio de los elfos al hijo de Eärendil, el marinero: Elros, a quien su pueblo coronó como Tar-Minyatur y que escogió el don de aguardar la muerte.

El rey permanecía en silencio escuchando las palabras del emisario. Vestía con ropas cómodas, propias de la capitanía del mar, que había arreglado con una capa ceremonial unida por una fíbula de plata. Una cinta de cuero le recogía el largo cabello revelando su tez lampiña y hermosa. Su piel conservaba una palidez radiante a pesar de las incontables horas sobre la cubierta de las naves.

— La madera de su tronco será recia como la cima del Meneltarma —continuó el emisario—, sus ramas serán numerosas al igual que los barcos de esta tierra y sus níveas flores abundantes mientras los Hombres de Númenor recuerden el regalo de los Valar —vaticinó, y pasó a fundirse en un abrazo con el Rey.

Tar-Minyatur se acercó a la tierra, que brillaba perlada por el rocío y acarició la superficie con suavidad. El canto de los pájaros se sumaba a ese gesto de plena serenidad. Susurró unas palabras a la tierra que el rumor del viento arrastró hacia el oeste y visualizó en su pensamiento el Gran Árbol y a su alrededor el mayor de los baluartes.

— Construiré aquí el patio de mi torre —contestó el Rey—. Una torre como jamás se ha hollado en la Tierra Media, y su nombre será Armenelos «la Ciudad de los Reyes». Y en el

centro de sus jardines, crecerá siempre hermoso el presente que nos traéis para dicha de mi pueblo. Su nombre será Nimloth y lo tomaré como el emblema de mi casa en recordatorio de lo que antaño fui y de mi amistad con los Primeros Nacidos. Más allá de nuestros contornos será reconocida la heráldica del Árbol Blanco de Númenor y más lejos todavía, llegará la amistad entre nosotros.

Hizo un silencio y volvió su mirada a los hombres que le habían acompañado para fundar un nuevo reino; los primeros númenóreanos. Grandes marineros, conocedores de todas las estrellas y de todos los rincones ocultos de calas, atolones y bahías, y a diferencia del elfo, bronceados por el sol.

— Y será protegido para que la desdicha jamás lo alcance en las edades venideras pues si llega a hacerlo, significará el declive de mi casa. De entre los mejores númenóreanos, aquellos ágiles de mente y brazo, escogeré a sus custodios. Protectores que guardaran por el bienestar de este árbol, y el bienestar de nuestra isla. Y ahora, ¡brindemos! y regocijémonos bajo la estrella que brilla en la hora de nuestro encuentro.

Tras el discurso del Rey, cuentan la tradición bárdica que los festejos duraron siete días y siete noches. En el octavo amanecer, justo antes de que los emisarios volvieran a sus naves de plata, un tallo verde con una minúscula hoja emergió de la tierra. Siguió creciendo de forma invariable ignorando las estaciones y los ciclos. En menos de un año alcanzaba ya los diez pies de alto. Nimloth creció vertical como pugnando por alcanzar la nave de Eärendil que sobrevuela los mares de estrellas y fue llamado en adelante «El hermoso». Sus formas, brotaban con orden y concierto, en una paleta de colores brillantes. Se revestía de una madera gris y sus hojas eran del color de la plata. Fue en su aniversario cuando la primera flor germinó, seguida rápidamente de sus iguales en una composición de blancos que refulgía con la luz vespertina y alumbraba con la mortecina.

En su honor se construyó un cerco adoquinado de basalto negro —tan pulido que parecía un espejo— y en derredor los jardines reales que completaban la primera de las ciudades de Númenor. Antes de finalizar el primer siglo de la Segunda Edad, La Isla del Don era ya un reino de una arquitectura imperial. Altos sillares de mármol blanco en sus muros, terrazas de barandillas acristaladas y tejados de pizarra ocultaban el horizonte. Sobre sus ventanas caían cascadas de bellas flores y sobre las almenas los pendones con la heráldica del árbol blanco sobre fondo de sable.

Con el tiempo llegó el crepúsculo del Rey, que sintió por primera vez, el peso de la vejez. Y partió más allá de la vida a un destino desconocido que había sido elegido por su voluntad. Su marcha dejó espacio para una profunda reflexión que la sombra aprovechó para colmar. Una reflexión sobre los años y sobre la muerte, sobre el destino incierto que pesa sobre la naturaleza del hombre. El amargo Don de la mortalidad.

El trono de Númenor permaneció caliente y la línea de sucesión se mantuvo firme, sin embargo, la relación con los elfos de Tol Eressëa menguó y las palabras en su lengua se

escuchaban cada vez con menor frecuencia. El Adunáico, la lengua de la isla, se impuso por costumbre. El ojo de Númenor se posó sobre la Tierra Media y se entabló amistad con los elfos de Lindon y Eregion. Se abrieron nuevas rutas comerciales y puertos feudales en sus costas que hicieron prosperar el reino.

Esa prosperidad hizo brotar el orgullo y la arrogancia de Númenor que recordó la segunda imposición de los Valar. La primera era la inmutable mortalidad. La segunda imposición, por su decreto, era no navegar bajo ningún concepto más allá del Oeste. ¿Por qué? Preguntas timoratas en callejones sombríos dieron paso a discusiones populares en los mercados y las plazas. La duda, que como un cuchillo que divide el mendrugo de pan, dividió a los habitantes de la isla. Por un lado estaban aquellos que permanecieron fieles a las consignas de los Valar y en el otro lado, los que sostenían que la inmortalidad debía ser un derecho.

Y así, pasaron más de tres mil años...

En los días que ocupa esta historia, el Cetro Real fue a parar a manos de un advenedizo. El Rey Ar-Pharazôn, llamado entre sus súbditos «El Dorado». El más soberbio de todos los tiranos que engañado por su misterioso consejero, arrastró al reino a la anegación y la ruina.

Nimloth fue testigo en aquellos años de la duda y la división; de la confianza y la devoción; del amor, de la muerte y de la búsqueda de la inmortalidad.

## II

Antaño el cargo de Paladín era motivo de orgullo; una fuerza invisible que levantaba la barbilla de cualquier soldado. Más con los años se volvió invisible y su insignificancia hacía que la coraza fuera más pesada, la capa fatigara más y el yelmo perlara de sudor en exceso. El consejo real, bajo la autoridad de la corona, asignaba dos paladines protectores para salvaguardar el Árbol Blanco. Sin embargo, Isilmo se había quedado solo. Su compañero, consumido por el hastío y alimentado por la promesa de aventuras, marchó a las guerras de Ar-Pharazôn en el este. Se decía que un nuevo reino había crecido y que su fuerza rivalizaba con la de Númenor. Los ejércitos de la corona navegaron para medir dicha fuerza y capturar al caudillo que mandaba sobre esas huestes.

Isilmo llegó puntual al cambio de guardia que comenzaba con el primer rayo de sol. Con una mano sobre el pomo de la espada y la otra sobre la lanza, cumplía su cometido durante el turno de día. A lo lejos, cruzando los arcos de piedra que dan acceso a los jardines y al Patio del Rey, apareció con su rostro aquilino, el Capitán Vagar. Su tarea era la protección del palacio pero con los años su labor se había alejado de la espada y acercado a la ordenación militar. Venía acompañado del nuevo protector.

— Bien hallado seas Isilmo, te presento a Imoen, Paladín protectora de Nimloth. Será tu compañera a partir de hoy. Cubrirá contigo la guardia desde el amanecer hasta el ocaso. Juntos podréis evitar la ímproba tarea de que los pájaros aniden sobre estas enormes ramas. —dijo con una suerte de sorna.

Isilmo se quitó el yelmo, miró con desafío a Vagar y dio tres pasos hacia él. Perteneciente como era, a la línea directa de Elros, era más alto, sus hombros más anchos y sus pisadas más profundas. Tres pasos sobre el suelo de piedra que respondía con un seco y pesado sonido metálico.

— Seas bienvenida Imoen, pronto descubrirás que proteger el árbol de Númenor es defender el destino del reino —dijo sin dejar de mirar a Vagar que quedó amedrentado al instante. Sus palabras corrían con fluidez pero su tono era severo.

— ¡Calmaos, muchacho! —contestó—. Demasiado fuego desaprovechado en vuestro interior —y cambió de tema—. Imoen viene directamente recomendada por el Señor de Andúnië. Parece ser que le hizo morder el polvo en los ejercicios de lanza y espada.

Isilmo posó la mirada en Imoen que se acababa de quitar el yelmo. Llevaba una larga trenza de cabello negro anudada por abalorios dorados. Sus ojos eran de un profundo color gris y destilaban una excelsa vida interior. Sobre la frente tenía un cristal de gema sujeto por hilos de plata. Pero su aspecto no es lo que impresionó a Isilmo.



— ¿Derrotasteis al capitán Elendil en las pruebas? —preguntó.

— A sus hijos. Anarion e Isildur, herederos de su señorío. Diestros en las artes de la monta y la arquería pero con tendencia a infravalorar los duelos. —contestó Imoen. El tono de su voz era melódico pero también firme y seguro.

— Os dejo —interrumpió Vagar—. Zarpamos hacia el puerto de Pelargir para proteger una nave mercante. Isilmo os explicará las funciones del protectorado.

Vagar marchó en dirección a los arcos de piedra perseguido por la mirada de Isilmo. Sus pensamientos se mezclaban en una argamasa de cólera, comprensión, ¿quizá envidia? Por suerte, antes de comenzar a enconarse en lo más profundo de su mente, una agradable voz le sacó del ensimismamiento.

— Magnífico —Enunció Imoen refiriéndose a Nimloth. No era una pregunta, era un hecho—. Mucho más de lo que recordaba.

— ¿Lo habías visitado antes? —contestó Isilmo. El sol comenzaba a alzarse en el horizonte y enviaba andanadas de rayos que se filtraban entre las hojas plateadas y las flores blancas, proyectando claroscuros sobre el suelo.

— De niña —respondió Imoen—. Es más grande de lo que recordaba y mucho más hermoso. ¿Nadie lo ha tocado bajo tu guardia?

— Nadie, con excepción del Rey— aseguró—. Lo hizo mucho antes de que yo llegara y desde entonces no ha vuelto. Es un derecho otorgado sólo a la corona. La altura hace que su rama más próxima sea casi inalcanzable incluso para Elendil, El Alto. Sus hojas y sus flores solo pueden tocarse tras marchitarse y caer. No obstante, su valor no reside en su tacto sino en su contemplación.

Imoen siguió su consejo y volvió a observar el Gran Árbol. Después, se quitó el guantelete de metal. Los rayos de sol que se filtraban entre las hojas de Nimloth chocaron contra su piel. Destellos rutilantes de luz plateada bañaban su mano. Jugaba con ellos en un movimiento sutil que recordó a Isilmo al de una extraña danza. Primero sobre la palma, después sobre el dorso, para finalmente dejar que los destellos subieran por el brazalete, rebotando contra el metal.

Isilmo quedó hipnotizado por el movimiento de Imoen. Normalmente se deleitaba con el murmullo del viento que mecía las hojas de Nimloth, disfrutaba el acompañamiento de los pájaros cantores y el sonido de las fuentes. Y por encima, el dulce olor de sus flores estivales. Pero algo distinto despertó en él.

— Lamento el menosprecio de Vagar —dijo Imoen—. Para mí es un honor proteger el Árbol de Númenor.

— Lo es —contestó Isilmo, fugado de su agradable hipnosis—. El mayor de todos. Sin embargo los años parecen inclinar la balanza hacia pensamientos más beligerantes y necios, y en estos tiempos, la gloria y el renombre son súbditos de la guerra. En fin..., permitidme enseñaros esto.

Isilmo se puso el yelmo sobre la cabeza oscureciendo su rostro. Sus ojos, marrones con filigranas de ámbar, resaltaban bajo esa leve sombra. Imoen se sintió sumergida en un sentimiento de respeto estimulado por sus palabras.

Los jardines y las fuentes eran también parte de su protectorado. Recorrieron juntos los caminos de piedra que delimitaban los setos y arbustos. De procedencias exóticas y recordatorio de las visitas a tierras lejanas, los jardines eran un vergel como las pinceladas de un cuadro que se evadía hacia el centro; hacia Nimloth. Los protectores pasaban la mayor parte del tiempo bajo su dosel, vigilando los arcos apuntados de piedra y los muros de mármol.

El tiempo fluía de forma caprichosa. Los días pasaron. Se convirtieron en semanas y estas, en meses. Lo hicieron con rapidez entre conversación y conversación, y con lentitud en los momentos fuera de la guardia.

Y uno de esos días, en una de sus agradables conversaciones bajo Nimloth.

— Es el único, ¿verdad? —preguntó Imoen—. Es triste pensar en ello.

— Lo es..., ambas cosas —contestó Isilmo—. Los manuscritos antiguos hablan sobre dos árboles como este: sus antecesores, allende el occidente. Inalcanzables para nosotros.

— Las Tierras Imperecederas— afirmó Imoen con voz queda—. Las costas de los Valar.

— Eru Ilúvatar levantó Númenor de la sima del Belegaer y los Valar nos la entregaron como un presente por nuestra ayuda en las guerras de antaño, pero también es un bastión, ¿no crees? El último bastión de los hombres que advierte al navegante que marcha hacia el oeste. En ocasiones pienso que nuestra isla es una barrera.

— Así es. Los númenóreanos protegemos el recuerdo de los Valar y somos a la vez su recordatorio.

— No marchar más allá de Númenor. No buscar lo que no nos corresponde. Tiempo ha que nos han olvidado entre nieblas y enigmas.

— Te equivocas — afirmó Imoen con un tono sosegado—. El capítulo de los Valar se cerró hace tiempo. No es olvido querer apartarse del mundo por prudencia. Fue su voluntad y la nuestra debe ser respetarla.

— No me malinterpretéis, coincido. Sin embargo me asaltan de cuando en cuando las dudas. No es la compañía de los Valar lo que muchos númenóreanos quieren. Muchos compartimos las mismas dudas. Se extienden desde Mittalmar hasta las cinco puntas de la isla. Suben en los barcos y llegan a las costas foráneas. Y vuelven alimentadas.

— La vida sin fin, la inmortalidad ¿Eso es lo que os angustia? —aclaró Imoen.

— La inmortalidad, sí... pero no es solo eso —añadió Isilmo. En su voz había impotencia y desazón—. No es solo el hostigamiento de la vejez o el acecho de la muerte. Es la cruel incertidumbre que hay tras su velo. ¿No hay estancias ni refugio para nosotros? ¿Acaso somos indignos para Mandos?

— Los Valar no tienen esa autoridad. Pueden gozar al igual que los elfos de una vida sin enfermedad ni sufrimiento pero no está en sus manos conceder o arrebatar ese poder. Siguen un dictado del mismo modo que nosotros seguimos el nuestro —Imoen señaló el árbol con la lanza—. Nimloth es verdaderamente hermoso, en parte porque es casi único. Con nuestra vida, y su límite, sucede algo parecido. Su brevedad la vuelve intensa y su singularidad la torna única; le da valor. Si hubiera millares de árboles como este sería tan insustancial como vivir millares de años. Estoy agradecida por la finitud y me siento orgullosa de respetar el deseo de los Valar.

— Mi corazón anhela sentir lo mismo —susurró Isilmo.

Imoen e Isilmo guardaron silencio, reflexionando en un profundo pensamiento. Ambos tenían la misma opinión sobre el mandato de los Valar pero no los hacía invulnerables al miedo. Cuando se quisieron dar cuenta, ambos se miraron. Se habían abierto el uno al otro de forma inequívoca y de su interior nació un regalo inefable. Y en silencio continuaron mirándose, bajo la pálida sombra de sus yelmos, con el único acompañamiento de los latidos que se aceleraban. Una sonrisa, algo de culpa y rubor, mezclados con mesura.

— Lamento aburriros con mis inquietudes —dijo Isilmo.

—Son naturales, a mí también me abordan. No debéis preocuparos —contestó Imoen y se acercó a él. Acarició suavemente su brazo y le regaló una sonrisa.

La luz de la gema que Imoen tenía sobre su frente brillaba con los reflejos del follaje de Nimloth. Iluminaba su rostro bajo el yelmo. Isilmo se quedó perplejo y por primera vez, comprendió que el Árbol Blanco de Númenor no era lo más hermoso sobre aquella tierra.

— ¿Qué es aquello? —preguntó Imoen percibiendo algo de soslayo y señalando a unos pocos pies de su posición.

Era una fisura sobre el suelo de piedra, más bien una grieta, que había levantado parte de la baldosa. Había pasado desapercibido por el gris de su madera. Isilmo se acercó a grandes zancadas.

— No puede ser —negó turbado—. Jamás había pasado nada semejante.

El suelo se había levantado por la presión de su interior. Una de las raíces de Nimloth había emergido erráticamente. La tierra de Númenor era un paraje fértil y las raíces, ramas y hojas del Gran Árbol habían crecido siempre como una deliberada composición artística.

Ambos paladines se giraron hacia la bóveda de plata y vieron que los frutos de Nimloth se estaban cerrando, díscolos al tiempo estival y que una hoja comenzaba a caer. Dejando un rastro de luz plateada, la hoja se precipitaba en un vaivén lento. Cayó al suelo con suavidad acariciando la piedra.

Había dos grietas más con sendas raíces escapando de la tierra. Una terrible sensación alcanzó a Isilmo e Imoen como si un vacío naciera de su interior a la altura de la boca del estómago, empujando su aire hacia fuera y dejándolos sin respiración. No parecía haber indicios de enfermedad. Era como si...

Era como si Nimloth intentara huir de Númenor.

El sonido de las trompetas rompió la tensión y una proclama fue arrojada por encima de los muros y a través de los arcos.

— ¡El Rey ha regresado! ¡El Rey ha regresado! El castillo del Mar ha atracado en Rommena. El Rey trae a su prisionero a Númenor.

### III

Los meses sucedieron sin más incidentes. Los jardineros del Rey trabajaron en las raíces de Nimloth, regando con aguas traídas de los manantiales del río Siril en los valles de Noirinan. Con el tiempo, volvieron a penetrar en la tierra y a continuar con los ciclos de florecimiento habituales. Se sustituyeron las baldosas de piedra rotas por unas de igual factura. Sin embargo, el Rey no acudió en ningún momento a revisar el bienestar del Gran Árbol de Númenor.

Se rumoreaba que su juicio estaba enajenado de su deber soberano y que su ambición se estaba viendo alimentada por su nuevo consejero: su nombre era Sauron, un elfo orfebre de la Tierra Media que había liderado insurrecciones y sido capturado. Ar-Pharazôn le trajo a Númenor en calidad de rehén pero pronto fue embaucado y en tres días ya compartía mesa en la sala de los consejeros. El rey consideró que su astucia y sagacidad serían de utilidad al reino. Sin embargo, Sauron, fértil en ardides, tenía otros propósitos.

Consigo trajo un credo en una antigua deidad: el discordante Melkor. Y en la oscuridad de su mente, Sauron hilvanaba ideas que susurraba a oídos del Rey para que creyera que eran propias. Así es como Ar-Pharazôn se sumó a esa nueva veneración, entre embustes y lisonjas, y cómo abandonó las fiestas de Númenor.

La Erukyermë dio inicio a la primavera y los númenóreanos se preparaban para el peregrinaje. Era costumbre partir desde los jardines del Rey en Armenelos hasta la cima del Meneltarma en un meditabundo silencio. Allí continuaban Imoen e Isilmo, fieles a su servicio, como Paladines de Nimloth.

— ¡Me encanta esta capa! —dijo Imoen removiendo la tela. Solo en las festividades de Númenor, la guardia cambiaba su habitual capa de color negro por una blanca de estilo ceremonial con un árbol bordado con hilos de plata.

— Es más pesada —añadió Isilmo—, y más larga. Hace más lento cualquier movimiento.

— Por fortuna no tendrás que escalar con ella el Meneltarma —contestó Imoen con un sarcasmo producto de una complicidad íntima—, por fortuna para la capa quiero decir.

Los primeros númenóreanos habían comenzado a ascender por los serpenteantes senderos que suben a la montaña. Cada año eran menos los que participaban y muchos no se detenían para dejar paso a la contemplación de la naturaleza. Marchaban veleidosos y sin convicción. Menos habitual era que los caminantes anduvieran por los jardines para deleitarse con el Gran Árbol. Sencillamente, pasaban de largo.

Los paladines miraban el paso de los peregrinos bajo los arcos de piedra que sirven de salida del jardín. Su conteo era cada vez más lento cuando fueron sorprendidos por una voz. Una figura, alta como una torre, y vestida con una túnica blanca, se encontraba a su lado a unos pocos pies de distancia.

— Es un árbol viejo —dijo con voz resonante y clara, cargada de sabiduría y certero en sus intenciones.

Ambos se giraron. Isilmo era alto entre los númenóreanos pero el extraño hacía que pareciera un infante. Debía alcanzar, al menos, los nueve pies de altura y parecía tener las proporciones soñadas por un escultor. Su cabello era largo y del color del sol. También sus ojos que brillaban como el oro. Vestía por completo de blanco con una túnica de varios vuelos, ribeteada con hilos de color carmesí; probablemente una seda extranjera de tan hermosa factura como ostentosa. Unas grandes y hermosas manos estaban al descubierto y un reflejo de destellos dorados titilaba sobre su índice derecho Solo podía tratarse de una persona.

— Mis disculpas, lamento si os he sobresaltado. Mi nombre es Annatar y soy el nuevo gran consejero del Rey.

— Sauron... —respondió Isilmo expulsando el nombre de sus labios.

— Así me llaman mis enemigos, sí. También Marion y Gorthaur. Muchos son los nombres que uno posee cuando muchas son las tierras que visita —dijo Sauron pero pronto su mirada viró hacia el Gran Árbol. Una mirada de escrutinio que heló la sangre a los paladines.

— ¿Qué deseáis, señor elfo? —Reaccionó Imoen— Si no apremiáis, perderéis el paso de los peregrinos hacia el Meneltarma.

— ¿Qué edad tiene? —preguntó ignorando las palabras de Imoen y señalando con un gesto de desdén a Nimloth.

— Más de tres mil años. Fue un regalo de los elfos de Tol-Eressëa —aclaró Isilmo.

— ¿Puedo acercarme y tocar su tronco?

— ¡No! —respondieron ambos paladines al unísono.

— Entiendo... Así que un regalo... ¿seguro? —contestó Sauron. Sus palabras se desplazaban despacio en el aire y su voz dejaba pausas lentas en los silencios. Eran potencias que calaban con la fuerza del mar embravecido.

— ¿Qué insinuáis, señor? —preguntó Imoen con la educación de su rango pero de forma tajante. No le gustaba la retorcida retórica que planteaba.

— Los elfos de Valinor son mis hermanos —mintió—. Ejecutan por mandato de los Valar. Y los Valar, siempre son perniciosos en sus intenciones. Hay quien considera que sus regalos son un pesado yugo que unce vuestros cuellos.

Imoen apretó con fuerza la lanza hasta que los nudillos se pusieron blancos. Isilmo llevó la mano al pomo de la espada e hinchó su pecho, irguiéndose, en una muestra visible de incomodidad y desafío.

— No pretendo ultrajaros —espetó Sauron—, pero si no me equivoco, el pueblo de Númenor descende de la Señora elfa Elwing, el Gran Cisne. Volaba sobre Vingilot guiando a Eärendil hacia el oeste. Y no se me ocurre peor forma de volar para un cisne que atado por un yugo. Este viejo árbol es un recordatorio de la prohibición de los Valar; jamás pisaréis la tierra prohibida ni saborearéis las mieles de sus costas. Debéis conformaros con la mortecina luz de su apocado regalo. Nimloth es el yugo de Númenor.

Sus palabras llegaron seguidas de un silencio. Hacía ya tiempo que nadie pasaba bajo los arcos de piedra. Cualquier rumor de viento había cesado y el canto de los pájaros había desaparecido. Tan solo el sonido del correr del agua sobre las fuentes intentaba dar un respiro a una suerte de silencio ahogado. Que Sauron llegará en ese instante a ese lugar era tan solo otro de los cordones que intentaría anudar en adelante dentro de su abyecta red.

Los guardianes se sintieron incapaces de articular palabra como apresados por un sortilegio. Con esfuerzo, Isilmo se sobrepuso y casi trastabillando, retenido por un peso invisible, dio un paso hacia Sauron.

— Debo aclarar que es mi deber, para con la corona, poner voz a las ideas que atormentan a los númenóreanos —continuó Sauron—. Por eso soy importante para el Rey y para la Casa de Númenor.

— La casa de Númenor se alzaría vigorosa entre los hombres mientras las flores de Nimloth sigan germinando en su capital —contestó al principio de forma temblorosa pero ganando ferocidad con cada palabra—. Ahora, debo pedirlos que abandonéis estos jardines.

Pero la duda que Sauron había proyectado enraizó fuertemente en el pensamiento de Isilmo. Con su mirada atravesó el peto de metal y la piel y accedió al interior del Paladin. Vio su miedo y su fiereza, y por encima de todo, la duda.

— Vaya, lamento si mis palabras resultan hirientes —volvió a mentir—. No he venido a provocar a los eximios paladines del Gran Árbol. Quizá pueda daros en recompensa..., creo recordar que por aquí...

Sauron comenzó a revolver su túnica, hurgando entre los pliegues y los bolsillos. Por fin, sacó un pequeño zurrón de cuero negro que había permanecido escondido. Estaba agrietado y quemado en algunas zonas, y el cierre de metal estaba revestido de herrumbre. De su interior sacó un pequeño objeto que ocultó dentro de su puño. Extendió su brazo y mostró su palma.

Imoen estaba cerca pero no conseguía ver de qué se trataba. En realidad, no entendía que estaban viendo sus ojos. La palma de la mano de Sauron se oscurecía en su centro con una sombra de una forma antinatural. Nimloth filtraba los rayos de sol a través de su dosel con la claridad de siempre, pero la oscuridad de su mano parecía impenetrable.

Era como si hubiera apresado un remolino de tinieblas y lo mostrase en la palma de su mano. Un horror atávico sobrecogió a Imoen paralizando su cuerpo y su pensamiento.

Mientras que Isilmo vio perfectamente, más allá de los sibilinos trucos del conjurador, que había sobre la palma de Sauron.

Un anillo.

Forjado con algún metal negro, tenía una gema engarzada en bruto de color ambarino. Unas líneas ininteligibles recorrían su interior como símbolos rúnicos de una lengua extranjera, grabadas toscamente con una herramienta afilada. Era grande y grueso para llevarlo sobre una mano enguantada para la guerra.

«Es una fruslería», dijo Sauron. Sin embargo las palabras no salieron de su boca sino que fueron de su mente hasta la de Isilmo que las escuchó en soledad. El paladín sintió que el día se ensombrecía y que Imoen ya no estaba. Tampoco estaba Nimloth, ni los jardines ni los arcos de piedra de Númenor. Se encontraba suspendido en una burbuja en donde el aire se agotaba y la única bocanada respirable parecía ser aceptar ese regalo.

«Te ayudará a sobrellevar tus miedos». Las palabras resonaban en su cabeza y se sintió más vulnerable que nunca. Sauron le había desnudado y ahora todos sus remordimientos, inquietudes, dudas y temores habían quedado al descubierto.

«Acéptalo y jamás morirás. Un refugio más allá de la vida y de la muerte, para siempre».

«¡¡ACÉPTALO!!», profirió en su mente con un coro de alaridos.

La mirada de Sauron había cambiado. Tras sus ojos amarillos se veían llamas, como si ardieran inmortales tras un velo hecho de carne mortal.

Cautivado, Isilmo se acercó a Sauron y extendió su mano para aceptar el pequeño regalo. El gran peso que sostenía antes sobre sus hombros había desaparecido y en su lugar, un torrente invisible empujaba sus pasos.

... pero algo le retuvo. Más fuerte y más intenso.

Imoen le había cogido del brazo y le miraba a los ojos.

— No —susurró, y no añadió nada más. Los ojos de Imoen, grises como la luna, miraban a Isilmo y penetraban en él, con una intensidad mayor a la de cualquier otra. Isilmo devolvió la mirada a Imoen rompiendo cualquier otro efecto. Sus ojos se encontraron durante varios segundos y las implacables palabras de Sauron se tornaron en susurros que terminaron desapareciendo.

Todo se desvaneció.

La desorientación confundió a ambos paladines que pasaron a ser rehenes del olvido. De pronto, se encontraban solos con la sensación de haber hablado con alguien. Bajo el Árbol de Númenor los naturales sonidos de los pájaros y el viento acompañaban esa extraña ilusión.

Isilmo no recordaba nada, ni siquiera un posible desvanecimiento mientras que Imoen luchaba, en los rincones más profundos de su memoria, para recordar que había herido su orgullo y su dignidad. Echando la mirada atrás, recordaban tardar varios minutos en recobrase pero no cuando comenzaron a sentirse así.

El embrujo de Sauron les hizo olvidar. Su encuentro pasó a formar parte de un espacio entre la vigilia y el sueño, copado por las peores pesadillas. Aquellas indescifrables con caras de seres irreconocibles que por una fuerza ajena e incomprensible, nos encogen el corazón y nos arrebatan el aliento. Aquellas pesadillas les abatían, alimentadas por sus temores y empujadas a salir, cerniéndose sobre ellos cada vez con mayor frecuencia, por la espuma que crece agitada sobre la cresta de una ola.

... Pesadillas sobre una Gran Ola.

#### IV

Cuando capitula el otoño y se inician los tiempos invernales, tras la festividad de Eruhantalë, hay un dicho que se escucha a menudo entre los marineros: «El frío que acomete sobre los huesos del vigía es incomparable con el calor que siente su corazón al divisar tierra». Es un dicho propio de Númenor —sobre todo de las zonas portuarias— que suena más que nunca cuando se prevé la llegada de un invierno que promete ser cruel. Y aquel que asomaba sobre el horizonte, lo hacía con bravura, y prometía ser cruento como ninguno.

Era un invierno sin nieve. Tan solo la cumbre del Meneltarma gozaba de sus habituales vestiduras de blanco. El resto de la montaña descendía con estrías negras hasta sus cimientos de roca, y la isla sólo recibía como recompensa secas ventiscas y gruesas heladas sobre el suelo. El gélido aire se tornaba en vapor al instante y los fuertes brazos del guerrero se congelaban como témpanos de hielo que amenazan con quebrarse. El plateado de Nimloth se oscurecía dando grises más banales y sus flores se cerraban.

Sin embargo no fue el frío lo que heló la sangre de los tenaces paladines. El Rey había dictado un edicto, bajo pena de muerte, sobre las fiestas de Númenor y los pasos del Meneltarma.

*«Por la virtud del Rey, en conformidad con el Consejero Real de la corona, se prohíbe totalmente la alabanza, defensa o nombramiento de los Valar y sus tierras, tildadas de superchería, además de las celebraciones derivadas: Erunhantalë, Erukyermë y Erulaitalë, Así como pisar los pasos del Meneltarma destinados a tales festividades. Tampoco se tolerará el uso de la lengua altoélfica, pasando a ser el adunáico la única lengua, oficial y obligatoria, para todos los númenóreanos en la isla y sus feudos.*

*Aquel que incumpla la Ley del Rey será castigado en consecuencia bajo la pena máxima de Yôzâyan».*

El decreto no decía nada sobre Nimloth ni sus paladines. Imoen e Isilmo hacían guardia como siempre, inalterables al paso del tiempo y al cambio del clima. El decreto establecía la prohibición de pisar los pasos de ascenso al Meneltarma pero los jardines de Nimloth, cercanos a ellos, caían en un pozo de ambigüedad que ningún númenóreano se atrevía a explorar. Así que ambos paladines pasaban el invierno en compañía mutua pero aislados del resto. Tenían largas conversaciones que se perdían en el viento como los cálidos vahos que salían de sus labios; unas eran más anodinas y otras más íntimas.

En uno de esos amaneceres, un viento cruel se levantó cargado de nuevas.

— ¡Ha comenzado a nevar! Por suerte. Un invierno sin nieve es un invierno triste — exclamó Imoen con alegría al observar un copo de nieve que caía sobre la armadura de Isilmo.

Un gélido vendaval soplaba desde el este. Golpeaba con fuerza la espesura de los arbustos y zarandeaba las ramas de los árboles. Arrastraba motas de polvo y arena que dificultaban la vista. Con ese frío, la percepción de Imoen fue hábilmente engañada. Tocó con su dedo el copo de nieve.

— Es gris, casi negra —añadió—. Y se desmenuza.

Isilmo observó los copos de nieves que comenzaban a acumularse en el suelo entre los huecos de las baldosas. Se quitó uno de los gruesos guantes de cuero y palpó. Hacía mucho frío, no obstante, los copos estaban calientes al tacto. Antes de que llegara a una conclusión, Imoen se adelantó.

— No es nieve. Es ceniza.

— ¿Ceniza? —contestó Isilmo con incredulidad.

— Sí, como las ascuas que quedan en la hoguera tras una noche a la intemperie.

La ceniza se acumulaba cada vez más en los jardines. Los paladines, fieles a su juramento de protección, miraron a Nimloth. No parecía correr un peligro de incendio o envenenamiento pero la ceniza comenzaba a posarse sobre sus hojas.

Isilmo cruzó los arcos de piedra y salió fuera de los jardines reales, con paso resuelto, hasta un escarpado acantilado que quedaba a la vera del serpenteante paso del Meneltarma. Era un mirador excelente que permitía observar Armenelos, el puerto de Rommena y la península de Hyarrostar. Los helados vientos parecían soplar desde allí con dirección poniente y nacían conjurados de un único lugar.

En el centro de la capital, sobre una colina, había una edificación con forma de torre que sobresalía entre las casas. Era de un color anaranjado por sus ladrillos de arcilla con un enorme pozo en su cima. Del interior de aquella chimenea manaban unos negros aceites y miasmas que empapaban los ladrillos superiores, tiñendo la torre de una perniciosa oscuridad. Peor aún eran los vapores venenosos que vomitaba. Espesas nubes cargadas de ceniza se posaban sobre los tejados de las casas y los chapiteles de la ciudad. Cerca, se estaba construyendo una colosal obra con un diámetro de quinientos pies.

Sauron había comenzado su templo a Melkor y el Rey estaba a su lado.

Isilmo regresó a su puesto para advertir a Imoen. Al cruzar los arcos de piedra vio que su compañera no estaba sola. Junto a ella había una figura cubierta con una capucha de color verde oliva, desgastada por el uso y manchada por la ceniza. Imoen discutía y hacía gestos vehementes con la lanza señalando a Nimloth. El paladín se apresuró hasta recuperar la posición junto a su compañera, y levantó la lanza contra la misteriosa figura.

— No podemos permitirlo —declaró Imoen. Isilmo miró bajo la capucha del extraño pero no reconoció su identidad. Llevaba una espesa barba rubia y la cara manchada de un oscuro hollín. Unos ojos grandes se veían bajo la penumbra de la capucha, irritados por la ceniza del aire.

— ¿Quién sois? —interrogó— No podéis estar aquí.

— Debéis escucharme..., no nos queda mucho tiempo —respondió—. La guardia se acerca y quieren...

— Es Isildur —interrumpió Imoen—, hijo de Elendil y heredero al señorío de Andunië. Se ha ocultado bajo una barba postiza en un vano intento para engañarnos.

Isilmo relajó la postura y dejó de apuntar a Isildur con la lanza. La casa de Amandil siempre había sido prudente en sus decisiones y discreta a pesar de su posición. Era una casa que gozaba de respeto entre los ciudadanos y que se inclinaba por reforzar la amistad con los elfos.

— ¡Escuchadme! No tenemos tiempo —La tensión de Isildur se reflejaba en los músculos de su mandíbula que se cerraban por impotencia—. Se acerca la Guardia del Rey. Tienen intención de derribar Nimloth. Lo talarán y utilizarán su madera para alimentar los hornos que el Gran Consejero ha mandado encender en memoria del abominable Melkor.

— Eso es imposible —manifestó Imoen—. El hado de Númenor está atado a Nimloth. Ningún Rey se atrevería.

— Es cierto —añadió Isilmo—. Ni siquiera Ar-Pharazôn, sumido en su enajenación, se arriesgaría a esto. Sería escoger la locura.

— ¡Ya ha escogido! —gritó Isildur— Dejad que me lleve uno de los frutos de Nimloth. Lo guardaré en secreto y así el legado de Númenor podrá sobrevivir a la vesania del Rey.

— Nadie tocará Nimloth mientras yo sea Paladín y su protector —declaró Isilmo, y volvió a apuntar a Isildur con la lanza.

— Sed sensatos —rogó Isildur— ¿Qué creéis que pasará? Os matarán y después talarán el árbol como han talado bosque enteros sin medida. El Rey ha declinado su cetro y ahora se

mueve con los hilos que maneja su Gran Consejero. Y Sauron solo quiere ver el mundo a través del fuego y la llama. Solo un fruto, recogedlo vosotros mismos y ocultadlo si os place.

— No podemos abandonar nuestra posición —dijo Imoen.

— Entonces yo lo ocultaré —contestó Isildur—. Mi casa es fiel a los Valar y su reputación es conocida por todos. La guardia se acerca y soy vuestra mejor opción.

Isilmo se disponía a volver a lanzar una nueva negativa cuando el sonido de varias armaduras comenzó a tintinear cerca de allí. Ducho en el terreno, fue fácil imaginar al menos seis guardias armados, a unos trescientos pies de distancia desde los arcos de piedra.

— ¡Rápido! Se acercan —insistió Isildur.

Isilmo miró a Imoen. El tiempo pareció detenerse en ese instante. Sus miradas se cruzaron, sobrepasaron y penetraron en la mente del otro. Tanto tiempo juntos y tantos sentimientos compartidos. Unidos en limerencia no hacían falta palabras.

Isilmo se quitó el yelmo y dejó caer la lanza. Con un rápido movimiento se deshizo de la capa y desabrochó el peto de placas que tiró al suelo. Miró a Nimloth y se disculpó.

Superó el cerco adoquinado de basalto negro y trepó por el tronco del árbol. Sus dedos entraban en las ranuras de su corteza mientras sus pies se hundían levemente, lo justo para darse impulso. Ascendió hasta la primera de las ramas y reptó hasta alcanzar uno de sus frutos. Cerrado por la estación, Isilmo imaginó en el interior del fruto millares de semillas que esperaban el aliento que las insuflara vida. Lo recogió y se dejó caer.

Isilmo se lo entregó a Imoen, y ella se lo llevó al pecho. Entonces miró a Isildur y su voz resonó como el trueno en una noche de tormenta.

— Jura que lo protegerás con tu vida —ordenó Imoen.

— Lo juro por la Casa de Amandil y Elendil. Esconderé y protegeré este fruto con mi vida en la medida que vos protegéis el Gran Árbol Nimloth con la vuestra.

El sonido de las armaduras llegaba cada vez con más fuerza. La ceniza seguía cayendo y comenzaba a acumularse sobre el suelo, ahogando las pisadas. Finalmente, Isilmo e Imoen entregaron el fruto, de buena voluntad, a Isildur. Lo guardó bajo el manto y marchó con celeridad. Pero era demasiado tarde.

Bajo el umbral de los arcos aparecieron seis soldados comandados por Vagar, capitán de la Guardia. Portaban espadas y arcos, todos estériles para herir al Gran Árbol. Sin embargo, los soldados llevaban una enorme sierra de hoja dentada y flexible que necesitaba

dos hombres para usarse. Estaba forjada en un metal oscuro y tenía grabados embrujos en sus dientes. No era una herramienta númenóreana.

Isildur no lo pensó. Arremetió frenéticamente contra ellos con la fuerza de un toro que embiste y atravesó sus líneas que habían sido sorprendidas. Cruzó, campo traviesa los senderos, sin mirar atrás.

— ¡Disparad! ¡Abatidlo! —gritó Vagar a los soldados.

Uno de ellos tensó su arco y disparó su flecha. Su silbido llegó antes que el quejido. Había conseguido alcanzar el hombro del prófugo que seguía huyendo, herido pero impulsado por una voluntad y causa mayor que cualquier otra.

Vagar dirigió su mirada a los paladines. Su expresión había cambiado con respecto a otras ocasiones. Siempre había sido presuntuoso; con un comportamiento advenedizo entre la flor y nata y de menosprecio por el pueblo. Sin embargo, en sus ojos había algo que Isilmo no tardó en percibir. Vagar tenía una expresión compungida; de aflicción.

— ¿Quién era ese vagabundo? —exigió saber. Su voz temblaba— ¿Qué tramaba en los jardines del Rey?

— ¿Vagabundo? —Isilmo devolvió la pregunta—. No hemos visto a nadie desde una estación atrás, puede que dos.

— Huelga decir que hay una prohibición, ¿verdad? Pesa sobre estos jardines y gratifica con la muerte a quien los pisa —añadió Imoen—. O quizá dormíamos en nuestro puesto en vez de guardar.

—Sí, eso es. Ha debido sorprendernos durmiendo —dijo Isilmo.

Estando más cerca, los paladines pudieron observar la expresión del Capitán. Su piel había sido atravesada por canales de arrugas tempranas, abiertas por profundas preocupaciones. Vagar entendió rápido las evasivas de los paladines y resolvió optar por la resignación y el olvido.

— Lo siento —se disculpó abatido—. Se ha ordenado derribar el Árbol de Númenor. Lo siento.

Los paladines no habían visto nunca a Vagar disculparse y mucho menos aún hacerlo con sentimiento. Acostumbrados a situarse a la defensiva contra sus mordaces palabras, eso les dejó desubicados.

Vagar sacó de su cincho un rollo de pergamino que extendió. Se dispuso a leerlo levantándolo hasta la altura de su cara para ocultar las lágrimas que se arremolinaban en sus ojos.

*«Por la virtud del Rey en conformidad con el Consejero Real de la corona, se decreta el derribo y tala del árbol conocido como Nimloth. Sus raíces serán extirpadas de la tierra y su madera servirá para alimentar los hornos. Hojas y frutos serán...»*

— ¡No, basta! —interrumpió Isilmo.

— ¿Quién firma el decreto? —preguntó colérica Imoen.

— Está firmado por el Rey Ar-Pharazôn —contestó Vagar—. Os lo ruego, no os alcéis en armas. Demasiada sangre númenóreana se ha vertido ya.

— Hicimos un juramento. Defender ese juramento... ¡proteger Nimloth! Es defender el bienestar de nuestro hogar —declaró Isilmo y con su diestra desenvainó la espada que tenía sobre el costado. El peto de su armadura aún seguía en el suelo —Por mi lanza y por mi espada, nadie derribará este árbol.

Imoen soltó su lanza y desenvainó la espada. Empuñó el arma con dos manos llevando la punta hacia los soldados que portaban la sierra negra.

— Por favor, Isilmo, Imoen —suplicó Vagar mirando a sendos paladines —. La pena por la insurrección es la muerte.

— La muerte será nuestro hado si Nimloth cae —respondió Imoen.

Tres soldados desenvainaron las espadas y los otros tres tensaron sus arcos. Vagar, a pesar de ir armado, no hizo nada. Sencillamente miró el Gran Árbol con los ojos anegados por el pesar y el arrepentimiento. Nunca había otorgado la importancia que tenía el regalo de los elfos —como tantos númenóreanos—, y ahora era demasiado tarde. Pero decidió no formar parte de aquel perjurio. Se dio la vuelta y se marchó. Abandonó los jardines atravesando la nube de ceniza mientras los metales entonaban su canto.

Isilmo había conseguido desarmar a uno de los guardias pero había sacrificado el asta de su lanza que se había quebrado. Golpeó con el pomo de la espada sobre el rostro del soldado que crujió. Un silbido atravesó el aire, después otro y un tercero. Mientras tanto, Imoen combatía ágilmente contra dos soldados. Con un gesto, más propio de una danza, arrebató su espada a uno de ellos y comenzó a moverse empuñando los dos agujones en un torbellino afilado. Llegó hasta la posición del primer arquero que se disponía a tensar de nuevo y le partió el arco en dos. Hizo lo mismo con los otros dos restantes, rompiendo la línea de retaguardia. Al volverse, Isilmo estaba sentado, apoyado sobre el bordillo revestido

de basalto negro. Todo había sucedido demasiado rápido y el maldito peto seguía en el suelo. Tres astas empenachadas brotaban de su vientre como las ramas de un árbol.

De pronto, el soldado que había desarmado Imoen, recogió la lanza que estaba en el suelo y la hundió en el pecho de Isilmo. Atravesó al paladín que quedó ensartado de lado a lado y lo alzó, casi separándolo del suelo. Le empujó hasta clavar la lanza en el Gran Árbol. La savia brotó de la herida. Era espesa y del color del metal fundido. Recorrió la lanza hasta llegar a la espalda del guardián apresado.

Un crisol de emociones embargó a Imoen: Ira, terror, locura. Todas ellas ligadas por la desesperanza, en una oscuridad que se cernía sobre ella. Reaccionó y arrojó su espada contra el soldado arrebatándole la vida.

Corrió hasta Isilmo y extrajo la lanza con delicadeza pero ya era tarde.

Isilmo había muerto. Y la savia de Nimloth brotaba como lágrimas que lloran a un ser querido.

Tan solo quedaban dos soldados aturridos por los golpes y paralizados por la escena. Imoen cargó con el cuerpo del paladín y se lo llevó fuera de los jardines. Se acercó a una zona libre de ceniza y apoyó el cuerpo sobre un roble que había perdido todas sus hojas en el invierno.

Los soldados observaron el paso, en quietud y silencio, producto del respeto por el valor, las convicciones y la fraternidad de los paladines, grandes entre los guerreros y siempre caros a Númenor. Solo cuando Imoen abandonó el jardín, y su puesto, recogieron la sierra, abatidos por un nuevo pesar. Posaron la sierra sobre la oquedad que la lanza había dejado y entre los dos, comenzaron a tirar y empujar. El tronco de Nimloth era denso y ofrecía resistencia pero nada podía hacer ante las herramientas de la oscuridad. Un soldado tiraba y otro empujaba, y en ese vaivén, un susurro cruel llegó arrastrado por el viento; era más bien una espantosa risa. De su interior manaba la savia como cascadas que caían por el tocón. Su intenso color plateado se iba apagando en contacto con el aire. Finalmente, la savia se tornó en un gris translúcido. Los soldados serraron en dos cortes opuestos para obligar al árbol a caer en una dirección. No obstante, eran desconocedores de que la última voluntad de un árbol es siempre caer donde le place. Cuando el tronco no pudo aguantar más su propio peso, quebró y se desplomó lentamente hacia los arcos de piedra que dan acceso a los jardines. Cayó justo sobre la dovela del arco principal que cedió bajo el peso del árbol. La última voluntad de Nimloth fue caer sobre el arco, cerrando el paso a los jardines del Rey.

Ni siquiera el estruendoso sonido del derrumbe hizo que Imoen apartara la vista del cuerpo de Isilmo. Le lloraba y abrazaba, herida más de lo que habría sospechado nunca. No haber podido despedirse le dolía más que cualquier cosa. Era cruel ver marchar a alguien pero era retorcido no poder despedirse. Aunque los labios de Isilmo estaban pálidos Imoen le regaló un primer beso y aunque sus oídos ya no escuchaban, le susurró un último adiós.

## V

Durante siete días la oscuridad cubrió la Isla Estrella. Nimloth fue despedazado y sus leños alimentaron los hornos de Sauron que vomitaban un humo de sombra insondable. El templo que Sauron había ordenado construir en honor a Melkor finalizó sus obras y se inauguró con el derramamiento de sangre. Con terribles propósitos, los caudillos númenóreanos de Sauron practicaban rituales que terminaban en deleznales tormentos. Imploraban siempre a Melkor que los libraría de la mortalidad.

Las primeras ejecuciones tuvieron lugar en Númenor. Entre ellos se encontró Vagar, el capitán de la guardia, que fue condenado por derrotismo e insubordinación, y sentenciado a morir. Viles palabras cuentan que fue torturado, previa petición de Sauron, antes de subir al cadalso, donde la soga le esperaba como última compañía. De sus últimas palabras nada se entendió salvo una: «fiel», cuentan que susurró antes de morir.

Los años pasaron y la tierra de Númenor, antaño un paraje exuberante se tornó en estéril. Tormentas de granizo arrasaban las cosechas en invierno y abrasadores soles quemaban los pastos. El clima pareció volverse caprichoso.

Imoen cambió de nombre y se ocultó bajo el amparo de la Casa de Andunië. Allí, pasó a formar parte de sus filas en calidad de guardia personal de los nietos del Señor Amandil; Isildur y Anarion.

Todos los versos son ripios cuando se canta sobre los intentos de Amandil y su hijo Elendil para encauzar el enajenado juicio del Rey tirano. Fue imposible. El inexorable paso del tiempo le hacía envejecer y los años esculpían marcas inclementes sobre la piel del monarca. Y la impotencia solo hacía alimentar sus delirios.

Finalmente, tomó la decisión de zarpar con toda la fuerza de su ejército hacia el oeste y reclamar a los Valar el derecho a decidir sobre la inmortalidad. El mismo derecho que se concedió a Elros Tar-Minyatur, padre de los númenóreanos.

Fieles a los Valar y la creencia de la mortalidad como don, la casa de Andunië zarpó sobre nueve navíos en dirección contraria hacia la Tierra Media. Llevaron entre sus pertenencias antiguos tesoros de Númenor: pergaminos, libros antiguos y extraños artefactos como las piedras videntes. Sin embargo, el más caro a todos era el que se ocultaba en el barco de Isildur. El retoño de Nimloth el bello custodiado por Imoen, su fiel guardián.

Ambas flotas zarparon en direcciones opuestas bajo la danza circular de las águilas de Manwë. Ar-Pharazôn hacia el oeste y Elendil hacia el este.

Lo que sucedió en los días posteriores se cuenta en el Akallabeth con mejores palabras. La indómita determinación del Rey provocó la cólera de los Valar que recurrieron a Eru Ilúvatar. Su decisión fue inclemente.

Los océanos se retiraron de sus costas y una enorme ola creció amenazante. Empujada por los vientos de Manwë, arrasaba la vida a su paso estremeciendo el agua y la tierra. En Númenor, una grieta se abrió hasta una lóbrega fosa submarina. La isla fue sepultada por la ola y engullida por la oscuridad de la sima. Jardines y huertos, palacios y casas, ciudadanos y nobles, sueños y pesadillas. Todos perecieron por la sed y codicia de un tirano que exigió, impulsado por el miedo, más allá de su entendimiento. La disposición de las estrellas cambió y el mundo adoptó la forma de un orbe. La tierra de Valinor quedó suspendida en el firmamento y en adelante, tan solo los elfos podrían seguir el camino recto hasta las tierras imperecederas.

Imoen desembarcó en la Tierra Media con la sensación de tener el corazón agarrado por un puño. Escuchó una risa enloquecida que reconoció. Era la risa de Sauron. Y un terror le paralizó cuando esa risa, arrastrada por el viento, huyó desde Númenor y sobrepasó sus navíos hasta las lejanas tierras del este.

— ¡No puede haber sobrevivido! —exclamó Isildur.

— ¿De quién es la cruel risa que nos acecha? ¿De quién habláis? —preguntó Anarion

— De Sauron. La muerte y la desesperación nos siguen hasta la Tierra Media — manifestó Elendil. Y desenvainó su espada; la implacable Nársil.

Los fieles fundaron los Reinos de Arnor en la costa septentrional y Gondor al sur de las Ered Nimrais. Construyeron grandes bastiones de los hombres y en uno de ellos, Minas Ithil, Isildur plantó el retoño de Nimloth. Sin embargo Sauron, desenmascarado ya, conquistó la ciudadela y quemó el floreciente árbol. Pero una vez más, Isildur huyó con un segundo fruto que plantó en la ciudad gemela; Minas Anor.

Combatieron a Sauron en alianza con los elfos de la Tierra Media y su suma era un ejército innumerable que marchó hacia Mordor, el reino de Sauron. La marea de guerreros superó la Puerta Negra y llegó hasta el llano de Gorgoroth bajo la sombra de un volcán en erupción. Imoen luchaba con ellos y mataba a los orcos y las bestias que comandaban los caudillos enemigos. Marchaba desprovista de emociones, sin remordimientos ni pasión, como si viviera sin una parte importante de su ser. Lanza en ristre y con la espada afilada sesgaba las vidas del enemigo. Cuando todo parecía del lado de la alianza, contempló como las puertas de La Torre Oscura se abrían, y como Sauron revelaba su verdadera forma.

Con una altura que superaba los nueve pies, se ataviaba con una armadura abominable de hierro negro reforzada con clavos y decorada con púas de escoria. Su yelmo le cubría el rostro por completo. Una cimera con forma de lobo coronaba su testa con unos colmillos que

bajaban hasta su barbilla. Tras la celada enrejada nacía una luz como si el interior estuviera gobernado intensamente por las llamaradas de un horno. «Un insulto a los ropajes blancos de las fiestas númenóreanas», pensó Imoen. En la mano izquierda portaba una poderosa espada sin filo que funcionaba como maza y en la derecha una brillante luz, de fuego dorado y enceguecedora, se mostraba en su dedo por encima del guantelete. De sus pisadas crecían llamas y tras su paso la muerte daba alcance.

Imoen recordó la hermosa figura que antaño les preguntó impertinentemente en Númenor sobre la edad de Nimloth. Recordó su voz y recordó el miedo. Sintió un acceso de pánico irracional.

Observó como Sauron alzaba a Gil-Galad por el cuello, el mejor de los guerreros elfos de la Tierra Media. Y como le hizo arder en una vorágine de violento fuego convirtiéndolo en cenizas cuando el elfo clavó su poderosa lanza sobre su vientre negro. Mientras tanto, Elendil atravesó la armadura del Señor Oscuro con su espada Narsil. A cambio, recibió como recompensa un golpe mortal que quebró la hoja de la espada y el cuerpo del númenóreano.

Elendil y Gil-Galad mataron a Sauron pero tributaron con su propia vida. Imoen recogió la empuñadura de Narsil y se la dió a Isildur, el único heredero, pues Anarion también había caído durante el asedio.

Isildur, ahora Rey, se acercó a los restos de Sauron. Una armadura hueca había en su lugar y el fuego naciente del interior de su yelmo se había extinguido. Empero, la luz de su mano derecha seguía brillando. Isildur cortó entonces el dedo del guantelete con la empuñadura de la hoja rota, y contempló la luz dorada.

### El Anillo único.

Si el artefacto del enemigo fue destruido, ocultado o atesorado era ajeno a los ojos de los soldados como Imoen. Y ella, con la guerra terminada y Sauron destruido, jamás preguntó.

Todos los pueblos retornaron a sus tierras y una nueva edad comenzó a contarse entre los pueblos libres. Imoen regresó a Minar Anor —que cambió su nombre por Minas Tirith— y entrenó a la nueva Guardia del Árbol Blanco. Sabía que crecería hermoso pero sería un pobre reflejo de Nimloth. Jamás volvió a sentir la dicha y el final de la guerra no cambió ese hecho. Sus emociones le habían abandonado y en su lugar un vacío absorbente e inefable le devoraba por dentro. Un profundo desasosiego.

Tardó en comprender que no fue la caída de Nimloth ni la muerte de Isilmo, sino el conjunto. Las incontables charlas junto a su compañero bajo la bóveda de hojas plateadas. Las emociones y las risas. Los silencios para contemplar las flores que se abren en primavera. Su perfume volcado sobre los jardines. Nunca volvería a tener nada comparable. El desasosiego se tornaba en sufrimiento.

Desde los patios más altos de la Ciudad Blanca, Imoen vislumbraba el horizonte. Las llanuras de Pelennor y el Rammas Echor, y más allá su visión se volcaba sobre las aguas del Río Anduin que desembocaban en la bahía. Su tormento, lejos de aplacarse, se apaciguaba con el sonido del mar.

Imoen sintió que su tiempo había pasado.

\*\*\*

Solicitó al Rey un pequeño navío de vela, capaz de manejarse por tan solo un tripulante. Una de las embarcaciones pequeñas que se reservan normalmente para cometidos relacionados con el comercio costero o la navegación fluvial. Tras tantos años de leal servicio, no había petición que Imoen no pudiera hacer ni pretexto que el Rey pudiera formular. Por supuesto, el Rey Isildur aceptó sin reservas.

— Es recomendable que sigas hasta Belfalas y luego vires siguiendo la costa —le advirtió un marinero en Osgiliath—. El mundo ha cambiado y las estrellas que nos guiaban se han revuelto. Hay que ser más prudente que nunca cuando se navega.

Imoen no contestó al marinero. Había matado en Númenor y matado en Mordor. Había obedecido y desobedecido a Ar-Pharazôn. Había seguido a Isildur que ahora codiciaba extraños botines de guerra. De nada parecía servir el haber llevado una vida de prudencia si el destino, siempre cruel, tenía otros planes.

La corriente arrastró la nave río abajo hasta su desembocadura. Sin embargo, Imoen ignoró las palabras de consejo que el marinero de Gondor le había dicho. En vez de seguir la costa, izó la vela y viró mar adentro hacia su inmensidad. Continuó navegando hasta el anochecer persiguiendo el mortecino sol que se ocultaba en el oeste. Pero Imoen no perseguía la tierra de Valinor en busca de una redención sino una pálida luz que se mantenía inamovible en el nuevo firmamento.

La luz que había guiado a los primeros númenóreanos a la isla a principios de la Segunda Edad. «Rothinzil» fue llamada en Adunáico y «Vingilot» en la lengua de los elfos: Imoen buscaba la estrella de Eärendil que marcaba por siempre, la ubicación de Númenor.

Navegó hasta situarse bajo la brillante estrella. Llegó en soledad, bajo el abrigo de un manto nocturno y una luna nueva, cuando Eärendil titilaba con más fuerza. No se oteaba tierra por ningún lado y en todas direcciones la oscuridad gobernaba el horizonte. Alguien contó una vez que la cima del Meneltarma podía verse emerger del mar cuando la marea estaba baja. Imoen comprobó que no era así. Nada quedaba de Númenor.

Encendió siete velas para iluminar la cubierta del pequeño barco. Se acercó a un hatillo de tela que estaba anudado y lo deshizo. Dentro había una armadura vieja que parecía haber

tenido mejores momentos. Con delicadeza, Imoen se dispuso a lustrar todas las partes de la armadura, incluyendo un enorme yelmo ceremonial. Desenrolló una capa negra que tenía bordada la heráldica de Númenor.

Era su antigua armadura como Paladín de Nimloth.

Se vistió por completo. Grebas, musleras y el pesado peto. También el gorjal y las hombreras que engarzaban la gruesa capa. Después los brazales y guanteletes. Por último el yelmo.

La madera de la cubierta crujía bajo los pasos de la pesada armadura. Imoen respiró hondo y observó por última vez la estrella que coronaba la bóveda de frías luces. Su luz le recordó a la luz más intensa que había conocido. Le recordó a Isilmo. No sentía culpa sino añoranza. Y el vacío que había gobernado su interior desapareció para dar lugar a una serena y tranquilizadora calma.

Imoen subió a la borda y se lanzó a las gélidas aguas.

Se hundió con celeridad arrastradas por la armadura, sintió la sal en sus labios y el frío en su piel. Allí, bajo la estrella de Eärendil se unió a la isla de Númenor.

Allí, bajo la estrella de Eärendil, se unió a su amado.

**FIN**